

Manuel CORBERA MILLÁN, *La siderurgia tradicional en Cantabria*. Septem Ediciones, Oviedo, 2001, 200 pp.

Recientemente se han publicado dos libros sobre la siderurgia preindustrial en Cantabria: el de Manuel Corbera y la tesis doctoral de Carmen Cevallos Cuerno (*Arozas y ferrones. Las ferrerías de Cantabria en el Antiguo Régimen*, Santander: Universidad de Cantabria, 2001). Ambos tratan la misma materia, y de alguna manera se complementan: Cevallos aporta un amplio trabajo sobre fuentes documentales, que le posibilita hacer un análisis preciso de este sector a lo largo del tiempo, que acompaña con un completo anexo estadístico y un rico apéndice en el que se detallan los propietarios, arrendatarios y datos de producción de cada ferrería. El libro de Corbera es más un trabajo de síntesis sobre el tema que, aunque también utiliza fuentes de archivo, destaca por la visión general que ofrece de la evolución de la siderurgia preindustrial de la zona norteña peninsular, de Navarra a Galicia, situando en este contexto la de Cantabria, que analiza con mayor detenimiento. Nos plantea una producción siderúrgica cántabra organizada mayoritariamente por los propios hidalgos propietarios de las ferrerías metidos a empresarios (ferrones), que hacían funcionar unos establecimientos similares a los del País Vasco, de donde procedía mayoritariamente la mano de obra cualificada que empleaban, consumiendo carbón vegetal del bosque local y parcial o únicamente el mineral de hierro de Somorrostro. El autor, que se acerca al tema a través de la arqueología industrial, hace un examen de la bibliografía vasca sobre este sector industrial para situar en su contexto a las fábricas y poder explicar cómo funcionaban.

Nos indica que el primer capítulo, *Los antecedentes de la industria del hierro en Cantabria antes de mediados del siglo XVIII*, tiene un carácter de introducción, pues su trabajo se va a centrar en el periodo de auge posterior hasta su desaparición en la segunda mitad del siglo XIX. De una forma muy concisa, informa al lector de cómo se producía el hierro forjado por el método directo y qué es lo que llamamos una ferrería, haciendo una buena síntesis de la bibliografía española sobre el tema.

Sin embargo, a mí me parece que hace demasiado caso a lo que se ha escrito sobre técnicas primitivas, como los «hornos de viento» o *haizolak*. El problema está en que en España no hay apenas documentación que permita valorar la producción y la tecnología de la siderurgia medieval, por lo que se tiende a considerar sin más que estaba atrasada. Sin embargo, historiadores extranjeros (Bautier, Childs...) han puesto de manifiesto que el hierro vasco, o hierro de Castilla, fabricado con mineral de Somorrostro, era un producto de lujo que abastecía a buena parte del norte de Europa hasta avanzado el siglo XV, cuya importancia ponen de manifiesto las fuentes fiscales de países importadores, lo que difícilmente cuadra con una tecnología tan retrasada. Tampoco se debe pensar que la falta de difusión del alto horno sea consecuencia de ese atraso, o de una carencia de capacidad o de capitales, como se sugiere en la bibliografía reciente que utiliza el autor, sino que

más bien fue la consecuencia de una elección económica muy razonable, tal como ya indicó Bilbao («La siderurgia vasca, 1700-1885...», *IX Congreso de Estudios Vascos*, San Sebastián 1984), por la que se optó también en otros lugares, tal como lo han señalado M. Arnoux y C. Verna. Sin embargo, hay que subrayar que las valoraciones que recoge Corbera han sido las habituales para explicar la evolución del sector y que publicaciones vascas recientes siguen insistiendo todavía en esas apreciaciones.

La producción cántabra, nos dice, estaría más orientada al mercado interior castellano, aunque también saliera por mar, tanto hacia Bilbao como hacia Galicia y Portugal. Esta producción se verá seriamente afectada desde comienzos del siglo XVII por la instalación en Liérganes y La Cavada de los altos hornos para abastecer a la armada española de artillería de hierro colado. Esta actividad estimuló por un lado la demanda del hierro forjado de las ferrerías tradicionales, para suministrarlo a las nuevas fábricas, pero al mismo tiempo los nuevos establecimientos competían con las ferrerías por el aprovisionamiento de madera para carbón, lo que hará que las ferrerías tradicionales de la zona central cántabra tengan graves problemas.

El autor retoma este tema en el último capítulo (5º) estudiando fuentes forestales del siglo XVIII y del XIX, con el fin de analizar el diferente impacto que en la conservación del bosque tuvieron la siderurgia tradicional directa (ferrerías) y los altos hornos de carbón vegetal. La primera técnica consumía habitualmente la leña del bosque extraída de una forma ordenada, lo que permitía su recuperación, aunque a la larga provoque un cierto retroceso, mientras que nos muestra cómo los altos hornos tienen un efecto más devastador, tanto porque requerían un carbón hecho con troncos y ramas gruesas, como por el fuerte aumento de la producción de los años 70 y de las talas indiscriminadas ante las urgencias de la Corona. Estas circunstancias obligaron a ampliar la zona de bosque asignada a la Real Fábrica, acentuándose un grave proceso de deforestación.

En el capítulo 2, *La comercialización del hierro cántabro entre 1750 y 1870*, en primer lugar nos ofrece un completo análisis de la coyuntura de la producción y comercio del hierro de todo el noroeste peninsular, de Galicia a Navarra. Auge del hierro vasco hasta mediados del XVIII. También, desde mediados de este siglo, surgen nuevas ferrerías primero en el occidente de Cantabria, Norte de Burgos y Asturias. Posteriormente, a fines de siglo también en el Bierzo y Galicia. Las nuevas ferrerías orientarán su producción al mercado interior peninsular (Castilla, Portugal), desatendido por la producción vasca en el periodo de auge. La crisis bélica finisecular causará problemas, pero en los años veinte del siglo XIX aprecia una recuperación que hace que se levanten nuevas ferrerías en las restantes regiones, orientadas también al mercado local o regional, mientras el foco vasco tradicional se mantiene estancado. Estos nuevos establecimientos durarán hasta que las mejoras de las comunicaciones les hagan desaparecer al reducir los costes de transporte de otros hierro más baratos.

Para el caso de Cantabria, vincula el auge 1750-1790 a la expansión del mercado regional. «Este último experimentó –nos dice– un considerable desarrollo desde mediados del setecientos, consecuencia del crecimiento urbano, la actividad del astillero de Guarnizo y la instalación de las fábricas de Marrón (Ampuero). Ello, unido a la apertura del camino de Castilla y a la exención aduanera hacia los mercados del Reino permitieron el despegue». Además, el mercado regional se ampliará hacia América al convertirse

Santander en puerto habilitado. Los problemas del sector harán que la producción disminuya en el periodo 1790-1808, pero menos que en Gipuzkoa y Bizkaia. Así, la crisis que afecta a toda la siderurgia del norte Peninsular fue menor en Cantabria, sobre todo en la zona oriental, que en las provincias vascas. Tras la Guerra de la Independencia la siderurgia cántabra se recuperará pronto, a partir de los años veinte, sobre todo en las zonas no afectadas por la guerra carlista. Sin embargo, esta actividad tradicional decaerá definitivamente desde finales de los cuarenta y comienzos de los cincuenta, a pesar de los intentos de modernizar el sector desde 1830, tema sobre el que también trata ampliamente en las conclusiones

Esta evolución, así como la importancia relativa de este sector, queda reflejada en el *Cuadro 9* (p. 61) donde se aprecia que a comienzos de los años ochenta del siglo XVIII se fabricaba en Cantabria un tercio del hierro que se hacía en Bizkaia y la mitad del que se producía en Gipuzkoa. Pero a fines de siglo, aunque la producción cantabra disminuye, se mantiene mucho mejor que la de las otras dos provincias, ya que a mediados del siglo XIX Bizkaia sólo produce el 40% del hierro forjado tradicional de los tres territorios, repartiéndose el 60% restante a medias entre los otros dos.

Después de esta visión general de la trayectoria y de la coyuntura del sector desde el lado de la demanda, en el capítulo tercero (*Las nuevas ferrerías y su evolución (1750-1850): características técnicas y procesos de producción*) aborda el tema desde el lado de la oferta, para explicar cómo se ha producido el aumento de la producción de hierro en Cantabria. Previamente nos sitúa, muy oportunamente, la tecnología tradicional en un contexto general, subrayando el desfase frente a los progresos en otros países. También indica que en los altos hornos de carbón vegetal españoles tampoco se introdujeron las mejoras que revolucionaron el sistema, lo que no debería extrañarle ya que eran fábricas destinadas a surtir al ejército de cañones y proyectiles, misión que cumplieron adecuadamente.

Aprecia, según los «Apuntes» de Juan de Isla de 1779, un fuerte incremento de la producción de las ferrerías nuevas y reformadas, que funcionaban durante todo el año, frente a las «antiguas» que sólo lo hacían unos meses. Considera que dos eran las razones que limitaban la producción: la escasez de combustible y la falta de agua, lo que le lleva a estudiar los sistemas de fabricación de carbón en Cantabria y a realizar un análisis comparativo de los consumos de carbón en la siderurgia tradicional de todo el norte peninsular y sur de Francia, concluyendo que no se produjo ningún progreso técnico en este sentido. Basándose prioritariamente en la arqueología industrial nos explica el incremento de la producción, en primer lugar por las fuertes inversiones: «Fueron, sin duda, estas soluciones, la mejora en la construcción de largos canales y de los propios edificios, las que permitieron el laboreo continuo y, en definitiva, el aumento de la producción». También, siguiendo a Villarreal y Larramendi, y apoyándose en alguna referencia documental, considera, como señaló ya Fernández de Pinedo («From the bloomery to the blast-furnace: technical change in Spanish iron-making, 1650-1822», *Journal of European Economic History*, 17, 1988), que se redimensionó el tamaño de las instalaciones, surgiendo una nueva ferrería más eficiente, «del tipo *tiradera*», en las que «el hierro era obtenido y afinado en las mismas instalaciones y por el mismo personal, por lo que salía de ella con un valor añadido mayor»

Dedica el resto del capítulo a estudiar los edificios de las ferrerías cántabras de la segunda mitad del siglo XVIII y a explicar como funcionaban. Su conocimiento de los restos arqueológicos, especialmente de las de Cades y de La Iseca, le permiten entender bien la documentación, a veces confusa, lo que completado con fuentes arqueológicas, manuales antiguos de metalurgia y lo que se ha escrito sobre las ferrerías vascas, le posibilita efectuar una descripción completa, pero a la vez fácil de entender, de cómo funcionaban aquellas instalaciones.

En el capítulo cuarto (*Beneficio y relaciones de producción en las ferrerías cántabras*), se esfuerza en precisar la estructura del coste de las materias primas (mineral, carbón) y su evolución, cuál era el capital inmovilizado y el mantenimiento de la instalación, y el coste de la mano de obra para llegar a estimar los beneficios de la explotación. El resultado es una buena primera aproximación a estas cuestiones, desde una perspectiva comparada muy adecuada, aunque este capítulo debería ser rehecho (no sé por quién) con la exhaustiva información recogida en fuentes de archivo por Cevallos. Hay que advertir que la mayoría de los empresarios (los ferrones) son los mismos dueños que dirigen directamente o a través de un administrador la fábrica, por lo que en las cuentas que tanto Corbera como Cevallos manejan no se contabilizan habitualmente los costes de la inversión en capital fijo o su equivalente, que sería la renta que abonaba el ferrón arrendatario en otros lugares.

En este capítulo se explica también cuál sería otra de las causas del fuerte crecimiento de la siderurgia tradicional en la Cantabria del siglo XVIII: la capacidad de los ferrones de imponer unos precios muy bajos a la leña comunal, gracias a la dotación que se les asignaba, lo que contrasta con la situación de otras zonas. Estos uso del bosque dieron origen a conflictos que documenta para los siglos XVIII y XIX, tema que completa en el último capítulo con el estudio del impacto de las ferrerías y de los altos hornos de artillería en los espacios forestales cántabros

Podemos decir, pues, que Corbera nos ofrece en este libro una buena síntesis de la siderurgia tradicional peninsular en la Edad Moderna, en la que precisa la importancia y la evolución de este sector industrial en Cantabria, centrándose especialmente en el auge de la segunda mitad del siglo XVIII. Sin embargo, hay que lamentar que no haya podido incorporar a su trabajo los análisis y la valiosísima documentación que recoge Cevallos en su tesis doctoral, y que en algunos casos utilice datos ajenos haciendo una «elaboración propia» que se limita a reproducirlos.

IGNACIO CARRIÓN ARREGUI